

Paderborn

Est locus insignis, quo patra et lippa fluentant El Palacio Real entre el año 777 y el 799

Matthias Wemhoff

Con estas palabras de elogio inicia el autor de la *Crónica de Carlomagno* su descripción del encuentro del papa León III y Carlomagno en Paderborn.¹ Hace 1.200 años, Carlomagno recibió allí al papa, que huía de Roma después de sufrir un atentado. Según todos los indicios, durante su larga estancia se decidió y preparó la coronación como emperador de Carlomagno, que tendría lugar en su próximo encuentro, el día de Navidad del año 800. Esto imprime al encuentro en Paderborn una gran importancia histórica en el marco de la tensa relación entre los poderes civil y religioso que caracterizó toda la Edad Media. Al mismo tiempo, la reunión del año 799 pone en primer plano del acontecer histórico a un lugar que por entonces pertenecía al reino franco desde hacía sólo poco más de veinte años.

Carlomagno estaba en guerra contra los sajones desde el año 772. Esta tribu del norte de Alemania, vecina de los francos, compartía con ellos una larga y conflictiva frontera que discurría desde Frisia, en el oeste, a lo largo del Bajo Rin, seguía el curso del Lippe y llegaba hasta Turingia a través de la zona septentrional de Hessen. El padre de Carlomagno, Pipino, ya había realizado repetidas incursiones en territorio sajón, hasta las orillas del Weser, y había forzado a los sajones al pago de tributos. Uno de los constantes objetos de disputa era la zona de la actual Westfalia, cuyo nombre se menciona por primera vez en el año 775 para hacer referencia a una agrupación militar sajona.² A los conflictos surgidos de las ansias expansionistas por ambas partes se sumaba el enfrentamiento religioso. El anglosajón Beda el Venerable subraya en su historia eclesiástica del pueblo inglés la obligación moral de los anglosajones de evangelizar a sus «parientes» paganos.³ Eso explica los repetidos intentos de penetración en territorio sajón por parte de misioneros anglosajones. El propio Bonifacio

fundó la diócesis de Büraburg en un castillo situado en el norte de Hessen, todavía en territorio franco, pero muy próximo al sajón. Sin embargo, de acuerdo con las fuentes de la época de Carlomagno, ninguno de esos esfuerzos evangelizadores obtuvo resultados duraderos. Como se describe en sus biografías, los misioneros solían verse obligados a abandonar rápidamente aquellas tierras.⁴

Con el ascenso al poder de Carlomagno, el enfrentamiento no tardó en adquirir nuevas dimensiones. A diferencia de su padre Pipino, Carlomagno no estaba dispuesto a conformarse con cobrar tributos a los sajones; se proponía someterlos a la hegemonía franca y forzar su conversión al cristianismo. Su primera gran campaña, del año 772, muestra ya claramente esas intenciones. Los francos conquistaron la plaza de Eresburg, en el valle del Diemel, a unos 30 kilómetros al nordeste de Paderborn, y a continuación destruyeron el Irminsul, el santuario tribal de los sajones. Según las descripciones procedentes de fuentes francas, el Irminsul era un santuario en forma de árbol, que simbolizaba el fresno sobre el que se sustentaba el mundo y que contenía un gran tesoro compuesto por numerosas ofrendas. Al parecer, ese ataque al santuario central de los sajones provocó un fuerte agudización del conflicto. Hubieron de pasar cuatro años más para que los sajones, aparentemente derrotados, acudieran en gran número a las fuentes del Lippe, en las cercanías de Paderborn, para someterse y hacerse bautizar. El propio Carlomagno debió sentirse totalmente seguro de su victoria, como muestra la importante decisión que tomó en aquel momento.

En efecto: nada más finalizar la campaña, ordenó construir en las inmediaciones del lugar de la rendición un palacio real al que dio su propio nombre: Karlsburg. La construcción del Karlsburg no habría pasado de ser



una oscura referencia histórica, y la historia no habría llegado a reconocer la importancia decisiva del Palacio Real de Paderborn, si entre los años 1964 y 1970 no se hubiera llevado a cabo al norte de la actual catedral una de las excavaciones más espectaculares de toda la arqueología medieval. Durante los trabajos previos a la reconstrucción del casco urbano, destruido por la guerra, en el terreno situado al norte de la actual catedral de Paderborn, se descubrieron los primeros muros. En los años siguientes, los arqueólogos no sólo encontraron la planta baja, en buena parte aún conservada, del Palacio Real, hoy reconstruido, de principios del siglo XI, sino también los cimientos del palacio carolingio. La compleja y abundantísima documentación de las excavaciones consta de más de 2.500 dibujos de planta y alzado, 7.000 fotos y diapositivas e innumerables hallazgos conservados en más de 5.500 cajas. Hace cuatro años se inició en el museo del Palacio Real la evaluación de todo este material legado por el arqueólogo Wilhelm Winkelmann, que dirigió las excavaciones. Un problema básico en esta tarea fue el hecho de que la documentación respondía a un método ya por entonces habitual en las excavaciones arqueológicas medievales, ya que Winkelmann empleó una metodología de excavación que, si bien podía parecer adecuada para trabajos en superficie de cualquier excavación de época paleocristiana, no lo era para la complicada estratigrafía del yacimiento en cuestión. Por ejemplo, la falta de una numeración que relacionara los estratos y los grupos de objetos hallados convirtió en una ardua tarea la mera asignación de éstos a sus estratos correspondientes. Con todo, hoy los estratos pueden considerarse ya relativamente ordenados, lo que hace posible relacionar las distintas fases de la construcción con los periodos históricos conocidos.⁵

La primera noticia de la construcción data del año 777. Por entonces la primera iglesia del palacio fue consagrada al Salvador. Parece seguro que en el mismo año se hallaba ya en condiciones de ser utilizado el principal edificio civil, el aula del palacio, ya que Carlomagno convocó en el 777 en Paderborn la primera asamblea del reino franco en suelo sajón. Fue la primera de una serie de reuniones que justificaron la categoría de Paderborn como sede de las asambleas carolingias en Sajonia. Entre los sucesos que tuvieron lugar durante aquella asamblea, cabe destacar un singular encuentro: Carlomagno recibió en Paderborn a una delegación de musulmanes españoles, que pretendía convencerlo de que interviniera en sus conflictos internos, y con la que acordó la realización de la campaña del 778, que daría lugar a la fundación de la Marca Hispánica. Entre los enviados se encontraban algunos «*principes Saracenorum*», que se ofrecieron a someterse al rey franco con sus súbditos y territorios. Un grupo de dirigentes regionales de origen yemenita, bajo el mando de Sulaymān al-A'rābī y algunos líderes locales, entre ellos Amrus ibn Yūsuf, esperaban, al parecer, librarse de la opresión de los omeyas con ayuda de los francos.⁶ Esa delegación fue probablemente recibida ya en el aula del

Palacio Real. Esta sala, de más de 30 metros de largo y 10 de ancho, se alzaba por encima del sótano.

Al este del palacio se encontraba la iglesia del Salvador (Salvatorkirche). Este sencillo templo, de dimensiones similares a las del aula, poseía probablemente ya en esa época un edificio anejo en su parte occidental. Las edificaciones del palacio, y especialmente la iglesia, estaban profusamente decoradas. Algunos de los más de 13.000 fragmentos de revestimiento mural hallados en las excavaciones en la zona de la catedral y el palacio, se atribuyen a la primera fase de la construcción del complejo.⁷ Varias ventanas de los edificios palaciegos estaban provistas de cristales cuadrados de pequeñas dimensiones. Por supuesto, los banquetes solemnes constituían una ocasión idónea para la manifestación de la magnificencia del monarca. La calidad y la opulencia de los manjares y bebidas —entre ellas vino italiano de Falerno, de cuya presencia hay constancia en el año 799—, y también el servicio de mesa estaban a la altura del rango de los comensales. El vino se servía en espléndidas jarras y se bebía en lujosos vasos. Se ha atestigüado la presencia en Paderborn, en las primeras fases carolingias, de cinco jarras de Tating. Estos recipientes, hallados por primera vez en ese lugar de Frisia Oriental, son jarras de cerámica negra pulida y brillante, decoradas con franjas plateadas de estaño.⁸

Una de las mayores sorpresas que trajeron consigo las excavaciones fue el hallazgo de objetos fabricados por un artesano vidriero, que elaboraba en un pequeño horno vasos de gran calidad.⁹ La composición del vidrio era la misma que la de los vasos procedentes de la antigüedad clásica, e incluía sosa como sustancia fundente. Además de vasos en forma de embudo, incoloros, también se encontraron vidrios coloreados. Hay también fragmentos de recipientes con formas que recuerdan al famoso vaso en forma de racimo de uvas hallado en el yacimiento sueco de Birka. Este horno de vidriero demuestra que Carlomagno llevaba en su séquito artesanos muy especializados, que trabajaban de forma itinerante; se supone que, por ejemplo, el vidriero que trabajó en Paderborn llegó allí siguiendo a la corte y abandonó el lugar al mismo tiempo que ella. En general, puede afirmarse que los hallazgos del Palacio Real de Paderborn revelan la existencia de una artesanía altamente especializada. En Westfalia, hasta entonces sajona, no existían hasta la llegada de Carlomagno edificios de piedra destacables. Tampoco había picapedreros, albañiles, vidrieros, pintores, enlucidores, ni fundidores de campanas. Todos estos artesanos viajaron con Carlomagno. Este es otro de los motivos por los que la construcción del Palacio Real de Paderborn en sólo un año constituye un logro extraordinario, muestra de la compleja organización del reino franco, que sin duda causó una profunda impresión a los sajones, acostumbrados a las edificaciones de madera. Sin embargo, esa demostración de poder real en el centro del territorio conquistado tuvo también efectos provocadores. Esto se hizo patente ya en el 778. En ese año, Carlomagno partió hacia España para hacer la guerra, tal como había





Fragmento de pintura mural del Palacio Real de Paderborn

acordado en Paderborn un año antes con la delegación musulmana. La ausencia del rey y de la mayor parte de su ejército fue aprovechada por los sajones para alzarse en armas. En el curso de la revuelta, el burgo fue destruido, como refieren expresamente las fuentes francas.¹⁰ Después de aquel suceso trágico, el nombre de Karlsburg no vuelve a aparecer en las fuentes, y es sustituido por el antiguo nombre sajón de Paderborn. Posiblemente, la vergüenza del alzamiento y la destrucción del palacio causó tanta pesadumbre a Carlomagno en aquel año de derrotas, que no quiso verla asociada a su nombre.

Sin embargo, ya en los años 780, 782 y 785 tuvieron lugar en Paderborn nuevas asambleas reales.¹¹ Parece obvio que, para esa ocasión, se reconstruyeran los edificios del palacio. Por desgracia, no es posible determinar con exactitud el alcance de las modificaciones realizadas, ni siquiera tras la evaluación de los hallazgos arqueológicos.

Hasta el año 785 se reprodujeron graves enfrentamientos, en los que jugó un papel decisivo el cabecilla sajón Widukind, originario de Westfalia. Sólo la conversión al cristianismo de Widukind en el invierno del 785/786 dio paso a una fase de relativa tranquilidad, en la que se impulsó la expansión de la estructura administrativa franca y la organización de la Iglesia. Una muestra de la relativa calma es el hecho de que no se tiene constancia de ningún acontecimiento destacable de esta época en Paderborn. Una última oleada de revueltas, que produjo también destrozos en la zona de Paderborn, sacudió Sajonia en los años 792/793. Este fue, sin embargo, el final de las guerras sajonas, con la excepción de algunas zonas septentrionales.

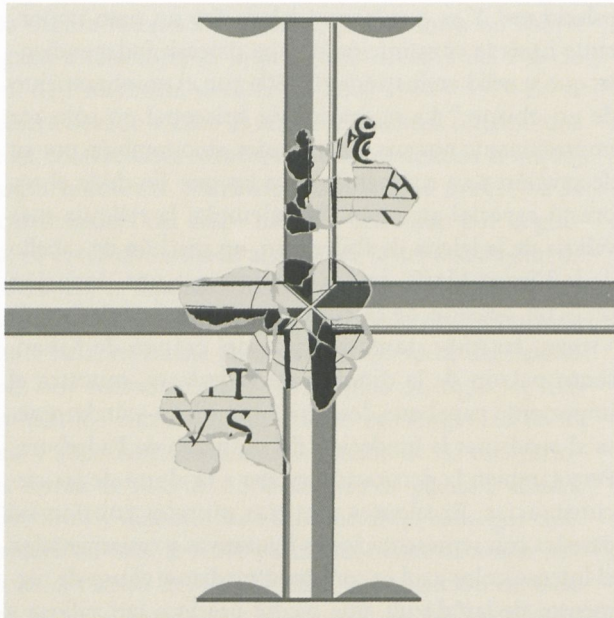
En los años siguientes, el entorno del Palacio Real de Paderborn debió ser testigo de una intensa actividad constructora. En el año 799, los anales de Lorsch informan ya de la consagración de una *ecclesia mirae magnitudinis* en Paderborn.¹² El propio rey estuvo presente en la consagración, dando así fe de la importancia que atribuía a aquella nueva iglesia. La construcción de la gran basílica, de 43 metros de largo por 21 de ancho, hizo patente el cambio que se había producido en Paderborn. Desde el 777, Paderborn era un palacio real con comunidad eclesiástica misionera, y ahora se convertía en una sede episcopal con

palacio real. Y es que la gran iglesia fue un paso importante hacia la constitución de una diócesis independiente, que se selló en los años 805/806 con el nombramiento de un obispo.¹³ La nueva iglesia episcopal no sólo era impresionante por sus dimensiones, sino también por su decoración y su equipamiento, a los que sin duda el rey prestó especial atención. Por ejemplo, la reliquia más valiosa de la iglesia de Paderborn, un mechón de cabello de la Virgen María, puede considerarse una donación real con ocasión de la consagración de la iglesia a la Virgen. La importante reliquia del cráneo de Kilian, santo patrón de la diócesis de Würzburg, muestra el importante papel que desempeñó la iglesia würzburguesa al apadrinar la fundación del obispado de Paderborn. Pero también la decoración estaba a la altura de las circunstancias. Excelentes pinturas murales cubrían las paredes con representaciones figurativas y ornamentales; el intenso color azul se consiguió mediante el uso de pigmentos de lapislázuli, una piedra preciosa tan valiosa y apreciada en la época carolingia como en nuestros días.

La nueva iglesia se hallaba mucho más próxima al aula que la antigua capilla palaciega. Para que el aula no perdiera por completo su magnificencia como edificio representativo civil a la sombra de la nueva catedral, hubieron de efectuarse importantes reformas, que le confirieron un aspecto mucho más imponente. En la parte oeste se añadió una gran edificación que, al igual que el nuevo muro de la parte sur, puede entenderse como ampliación de la sala de la planta superior o como antesala. En este último caso, la fachada sería similar, por ejemplo, a la del Palacio Real del Naranco, cerca de Oviedo, aunque de mayores dimensiones. También existía un acceso directo del palacio a la catedral.

La construcción de la iglesia episcopal comportó la necesidad de ofrecer un alojamiento adecuado a la creciente comunidad de clérigos. Los muros situados al este del palacio, interpretados hasta ahora como edificaciones auxiliares, pueden considerarse, tras la evaluación de los hallazgos arqueológicos, como los restos de la zona de clausura. Esta interpretación se basa en la buena calidad de los muros, en su orientación en la misma dirección que la catedral y en la presencia en esa zona de numerosos fragmentos de revestimiento mural, que según todos los indicios, se encuentran en la misma posición en que se desprendieron, es decir, no han sufrido cambios. Juntando algunos de esos centenares de fragmentos, se ha reconstruido una inscripción dividida por una cruz y delimitada por un ornamento en forma de zarcillo. La letra, como la de todos los fragmentos hallados en Paderborn, es del tipo capital cuadrada, que por su aspecto puede datarse a finales del siglo VIII. Esta combinación de escritura, zarcillo y cruz se encuentra también muy a menudo en tumbas decoradas del norte de Italia, por lo que puede deducirse que la inscripción de Paderborn pertenece probablemente a una sepultura. Desde ese punto de vista, debe reconsiderarse la interpretación del único fragmento de la inscripción en que se conservan juntas más de dos letras. Hasta ahora, el fragmento, en el que aparecen consecutivamente las letras «DRACO» y, una





Reconstrucción de una inscripción a partir de vestigios de pintura mural del Palacio Real de Paderborn (según Matthias Preißler)

línea más abajo, las letras «MEM», ha sido interpretado en sentido literal como alusión a un dragón. Actualmente se plantea la posibilidad de que se trate de las letras finales de un nombre propio.¹⁴ Además de esa inscripción, hay otros ornamentos murales que revelan una relación con el reino longobardo de Italia septentrional, como por ejemplo un arquitrabe estucado que apareció entre la catedral y el aula carolingia. Estos fragmentos de la decoración subrayan una vez más el carácter modélico del arte longobardo en lo que se refiere a la arquitectura de la época carolingia, y sugieren que la influencia artística del norte de Italia se tradujo también en la presencia en el reino carolingio de artesanos de esa procedencia.



Imposta de la excavación de la catedral de Paderborn

Quizá su misión consistió en crear un marco en el que el papa León III pudiera olvidar por algún tiempo las fatigas de su largo viaje hasta Paderborn y se sintiera un poco como en casa. En cualquier caso, el autor de la *Crónica de Carlomagno*, datada poco después del año 800, celebra con tono épico la recepción del papa en Paderborn y aprovecha la ocasión para describir el aula del palacio con brillantes colores:

«*Ex hinc officiis divinis rite peractis,
invitat Karolus celsa intra tecta Leonem.
Clara intus pictis conlucet vestibus aula;
auro, ostro ornantur hinc inde sedilia multo;
ad mensas resident laeti, variisque fruuntur
deliciis; medio celebrant convivia tecto;
aurea namque tument per mensas vasa Falerno.
Rex Karolus simul et summus Leo presul in orbe
vescitur, atque bibunt pateris spumantia vina.
Post laetas epulas et dulcia pocula Bachi
multa pius magno Karolus dat dona Leoni.
Hinc laetus repetens aule secreta revisat
Rex, et apostolicus repetit quoque castra suorum.
Cum tali a Karolo Leo fit susceptus honore,
Romanos fugiens propriisque repulsus ab oris.»¹⁵*

Matthias Wemhoff

Museum in der Kaiserpfalz, Paderborn, Alemania

Notas

1. Hentze 1999, p. 426.
2. Häßler, Jarnut, Wemhoff 1999, p. 12.
3. Beda el Venerable 1997.
4. Angenendt 1999.
5. Mecke 1999, p. 176-182; Gai 1999a, p. 183-196.
6. Bautier 1991, III, p. 1-47. La recepción de la delegación se menciona en: *Annales regni Francorum* 1895, a. 777, p. 36.
7. Preißler 1999, p. 197-206.
8. Grothe 1999, p. 207-211.
9. Gai 1999b, p. 212-218.

10. *Annales Petavini* 1926, a. 778, p. 16.

11. El emplazamiento de las dos primeras asambleas reales se sitúa «junto a las fuentes del Lippe». Cabe preguntarse si esto se refiere a un lugar de reunión separado del palacio, cerca del actual nacimiento del Lippe, a pocos kilómetros de Paderborn, o bien si se trata de una denominación convencional para la zona del nacimiento del Pader.

12. *Annales Laureshamenses* 1926, a. 799, p. 38.

13. Johaneck 1999, p. 494-506.

14. Véase Preißler 1999.

15. *Crónica*, nota 1.

